

Decamerón. Giovanni Boccaccio. Ilustrado por Renata Schussheim

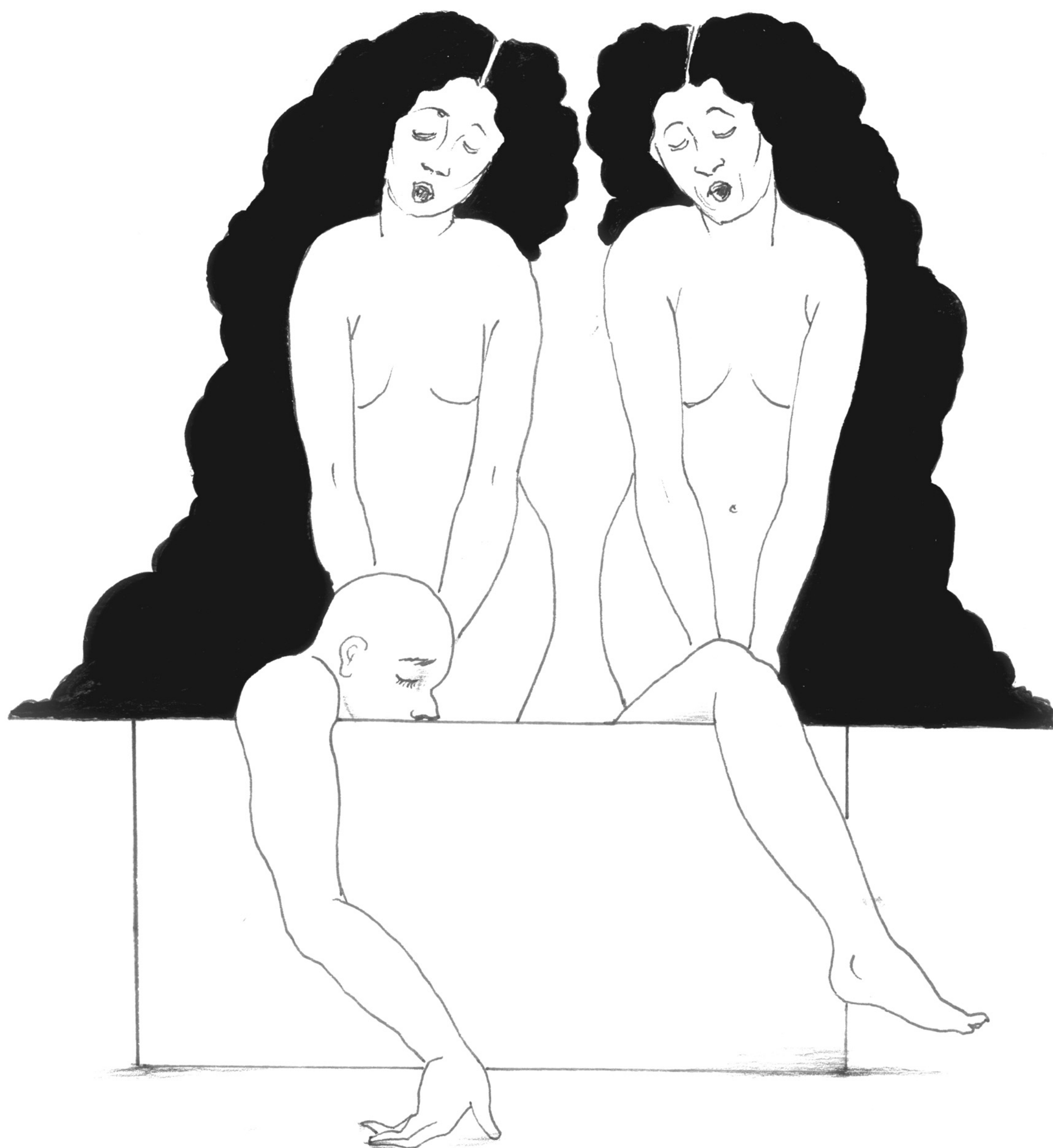
La caja robada

La mujer de un médico, teniéndole por muerto, mete a su amante narcotizado en un arcón que, con él dentro, se llevan dos usureros a su casa; al recobrar el sentido, es apresado por ladrón; la criada de la señora cuenta a la Señoría que ella lo había puesto en el arcón robado por los usureros, con lo que se salva de la horca, y los prestamistas por haber robado el arca son condenados a pagar una multa.

Solamente a Dioneo, habiendo ya terminado el rey su relato, quedaba por cumplir su labor; el cual, conociéndolo y siéndole ya ordenado por el rey, comenzó:

–Las desdichas de los infelices amantes aquí contadas, no sólo a vosotras, señoras, sino también a mí me han entristecido los ojos y el pecho, por lo que sumamente he deseado que se terminase con ellas. Ahora, alabado sea Dios, que han terminado (salvo si yo quisiera a esta malvada mercancía añadir un mal empalme, de lo que Dios me libre), sin seguir más adelante en tan dolorosa materia, una más alegre y mejor comenzaré, tal vez sirviendo de buena orientación a lo que en la siguiente jornada debe contarse. Debéis, pues, saber, hermosísimas jóvenes, que todavía no hace mucho tiempo hubo en Salerno un grandísimo médico cirujano cuyo nombre fue maestro Mazzeo de la Montagna, el cual, ya cerca de sus últimos años, habiendo tomado por mujer a una hermosa y noble joven de su ciudad, de lujosos vestidos y ricos y de otras joyas y de todo lo que a una mujer puede placer más, la tenía abastecida; es verdad que ella la mayor parte del tiempo estaba resfriada, como quien en la cama no estaba por el marido bien cubierta. El cual, como micer Ricciardo de Chínzica, de quien hemos hablado, a la suya enseñaba las fiestas y los ayunos, éste a ella le explicaba que por acostarse con una mujer una vez tenía necesidad de descanso no sé cuántos días, y otras chanzas; con lo que ella vivía muy descontenta, y como prudente y de ánimo valeroso, para poder ahorrarle trabajos al de la casa se dispuso a echarse a la calle y a desgastar a alguien ajeno, y habiendo mirado a muchos y muchos jóvenes, al fin uno le llegó al alma, en el que puso toda su esperanza, todo su ánimo y todo su bien. Lo que, advirtiéndolo el joven y gustándole mucho, semejantemente a ella volvió todo su amor. Se llamaba éste Ruggeri de los Aieroli, noble de nacimiento pero de mala vida y de reprobable estado hasta el punto de que ni pariente ni amigo le quedaba que le quisiera bien o que quisiera verle, y por todo Salerno se le culpaba de latrocinios y de otras vilísimas maldades; de lo que poco se preocupó la mujer, gustándole por otras cosas. Y con una criada suya tanto lo preparó, que estuvieron juntos; y luego de que algún placer disfrutaron, la mujer le comenzó a reprochar su vida pasada y a rogarle que, por amor de ella, de aquellas cosas se apartase; y para darle ocasión de hacerlo empezó a proporcionarle cuando una cantidad de dineros y cuando otra. Y de esta manera, persistiendo juntos asaz discretamente, sucedió que al médico le pusieron entre las manos un enfermo que tenía dañada una de las piernas, al cual mal habiendo visto el maestro, dijo a sus parientes que, si un hueso podrido que tenía en la pierna no se le extraía, con certeza tendría aquél o que cortarse toda la pierna o que morirse; y si le sacaba el hueso podía curarse, pero que si no se le daba por muerto, él no lo recibiría; con lo que, poniéndose de acuerdo todos los de su parentela, así se lo entregaron. El médico, juzgando que el enfermo sin ser narcotizado no soportaría el dolor ni se dejaría intervenir, debiendo esperar hasta el atardecer para aquel servicio, hizo por la mañana destilar de cierto compuesto suyo una agua

que debía dormirle tanto cuanto él creía que iba a hacerlo sufrir al curarlo; y haciéndola traer a casa en una ventanica de su alcoba la puso, sin decir a nadie lo que era. Venida la hora del crepúsculo, debiendo el maestro ir con aquél, le llegó un mensaje de ciertos muy grandes amigos suyos de Amalfi de que por nada dejase de ir incontinenti allí, porque había habido una gran riña y muchos habían sido heridos. El médico, dejando para la mañana siguiente la cura de la pierna, subiendo a una barquita, se fue a Amalfi; por lo cual la mujer, sabiendo que por la noche no debía volver a casa, ocultamente como acostumbraba, hizo venir a Ruggeri y en su alcoba lo metió, y lo cerró dentro hasta que algunas otras personas de la casa se fueran a dormir. Quedándose, pues, Ruggeri en la alcoba y esperando a la señora, teniendo (o por trabajos sufridos durante el día o por comidas saladas que hubiera comido, o tal vez por costumbre) una grandísima sed, vino a ver en la ventana aquella garrafita del agua que el médico había hecho para el enfermo, y creyéndola agua de beber, llevándosela a la boca, toda la bebió; y no había pasado mucho cuando le dio un gran sueño y se durmió.
La mujer, lo antes que pudo se vino a su alcoba y, encontrando a Ruggeri dormido, empezó a sacudirlo y a decirle en voz baja que se pusiese en pie, pero como si nada: no respondía ni se movía un punto; por lo que la mujer, algo enfadada, con más fuerza lo sacudió, diciendo:
–Levántate, dormilón, que si querías dormir, donde debías ir es a tu casa y no venir aquí.
Ruggeri, así empujado, se cayó al suelo desde un arcón sobre el que estaba y no dio ninguna señal de vida, sino la que hubiera dado un cuerpo muerto; con lo que la mujer, un tanto asustada, empezó a querer levantarlo y menearlo más fuerte y a cogerlo por la nariz y a tirarle de la barba, pero no servía de nada: había atado el asno a una buena clavija. Por lo que la señora empezó a temer que estuviera muerto, pero aun así le empezó a pellizcar agriamente las carnes y a quemarlo con una vela encendida; por lo que ella, que no era médica aunque médico fuese el marido, sin falta lo creyó muerto, por lo que, amándolo sobre todas las cosas como hacía, si sintió dolor no hay que preguntárselo, y no atreviéndose a hacer ruido, calladamente, sobre él comenzó a llorar y a dolerse de tal desventura.
Pero luego de un tanto, temiendo añadir la deshonra a su desgracia, pensó que sin ninguna tardanza debía encontrar el modo de sacarlo de casa muerto como estaba, y ni en esto sabiendo determinarse, ocultamente llamó a su criada, y mostrándole su desgracia, le pidió consejo.
La criada, maravillándose mucho y meneándolo también ella y empujándolo, y viéndolo sin sentido, dijo lo mismo que decía la señora, es decir, que verdaderamente estaba muerto, y aconsejó que lo sacasen de casa.
A lo que la señora dijo:
–¿Y dónde podremos ponerlo que no se sospeche mañana cuando sea visto que de aquí dentro ha sido sacado?
A lo que la criada contestó:
–Señora, esta tarde ya de noche he visto, apoyada en la tienda del carpintero vecino nuestro, un arca no demasiado grande que, si el maestro no la ha metido en casa, será muy a propósito lo que necesitamos porque dentro podemos meterlo, y darle dos o tres cuchilladas y dejarlo. Quien lo encuentre allí, no sé por qué más de aquí dentro que de otra parte vaya a creer que lo hayan llevado; antes se creerá, como ha sido tan malvado, que, yendo a cometer alguna fechoría, por alguno de sus enemigos ha sido muerto, luego metido en el arca.
Plugo a la señora el consejo de la criada, salvo en lo



de hacerle algunas heridas, diciendo que no podría por nada del mundo sufrir que aquello se hiciese; y la mandó a ver si estaba allí el arca donde la había visto, y ella volvió y dijo que sí. La criada, entonces, que joven y gallarda era, ayudada por la señora, se echó a las espaldas a Ruggeri y yendo la señora por delante para mirar si venía alguien, llegadas al arca, lo metieron dentro y, volviéndola a cerrar, se fueron.

Habían, hacía unos días más o menos, venido a vivir a una casa dos jóvenes que prestaban a usura, y deseosos de ganar mucho y de gastar poco, teniendo necesidad de muebles, el día antes habían visto aquella arca y convenido que si por la noche seguía allí se la llevarían a su casa. Y llegada la medianoche, salidos de casa, encontrándola, sin entrar en miramientos, prestamente, aunque pesadita les pareciese, se la llevaron a casa y la dejaron junto a una alcoba donde sus mujeres dormían, sin cuidarse de colocarla bien entonces; y dejándola allí, se fueron a dormir.

Ruggeri, que había dormido un grandísimo rato y ya había digerido el bebedizo y agotado su virtud cerca de maitines se despertó; y al quedar el sueño roto y recuperar sus sentidos el poder; sin embargo, le quedó en el cerebro una estupefacción que no solamente aquella noche sino después algunos días lo tuvo aturdido; y abriendo los ojos y no viendo nada, y extendiendo las manos acá y allá, encontrándose en esta arca, comenzó a devanarse los sesos y a decirse:

–¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Estoy dormido o despierto? Me acuerdo que esta noche he entrado en la alcoba de mi señora y ahora me parece estar en un arca. ¿Qué quiere decir esto? ¿Habrá vuelto el médico o sucedido otro accidente por lo cual la señora, mientras yo dormía, me ha escondido aquí? Eso creo, y seguro que así habrá sido.

Y por ello, comenzó a estarse quieto y a escuchar si oía alguna cosa, y estando así un gran rato, estando más bien a disgusto en el arca, que era pequeña, y doliéndole el costado sobre el que se apoyaba, queriendo volverse del otro lado, tan hábilmente lo hizo que, dando con los riñones contra uno de los lados del arca, que no estaba colocada sobre un piso nivelado, la hizo torcerse y luego caer; y al caer hizo un gran ruido, por lo que las mujeres que allí al lado dormían se despertaron y sintieron miedo, y por miedo se callaban. Ruggeri, por el caer del arca temió mucho, pero notándola abierta con la caída, quiso mejor, si otra cosa no sucedía, estar fuera que quedarse dentro. Y entre que él no sabía dónde estaba y una cosa y la otra, comenzó a andar a tientas por la casa, por ver si encontraba escalera o puerta por donde irse. Cuyo tantear sintiendo las mujeres, que despiertas estaban, comenzaron a decir:

–¿Quién hay ahí?

Ruggeri, no conociendo la voz, no respondía, por lo que las mujeres comenzaron a llamar a los dos jóvenes, los cuales, porque habían velado hasta tarde, dormían profundamente y nada de estas cosas sentían. Con lo que las mujeres, más asustadas, levantándose y asomándose a las ventanas, comenzaron a gritar:

–¡Al ladrón, al ladrón!

Por la cual cosa, por varios lugares muchos de los

vecinos, quién arriba por los tejados, quién por una parte y quién por otra, corrieron a entrar en la casa, y los jóvenes semejantemente, despertándose con este ruido, se levantaron. Y a Ruggeri, el cual viéndose allí, como por el asombro fuera de sí, y sin poder ver de qué lado podría escaparse, pronto le echaron mano los guardias del rector de la ciudad, que ya habían corrido allí al ruido, y llevándolo ante el rector, porque por malvadísimo era tenido por todos, sin demora dándole tormento, confesó que en la casa de los prestamistas había entrado para robar; por lo que el rector pensó que sin mucha espera debía colgarlo.

Se corrió por la mañana por todo Salerno la noticia de que Ruggeri había sido preso robando en casa de los prestamistas, lo que la señora y su criada oyendo, de tan grande y rara maravilla fueron presa que cerca estaban de hacerse creer a sí mismas que lo que habían hecho la noche anterior no lo habían hecho, sino que habían soñado hacerlo; y además de ello, del peligro en que Ruggeri estaba la señora sentía tal dolor que casi se volvía loca.

No poco después de mediada tercia, habiendo retornado el médico de Amalfi, preguntó qué había sido de su agua, porque quería darla a su enfermo; y encontrándose la garrafa vacía hizo un gran alboroto diciendo que nada en su casa podía durar en su sitio.

La señora, que por otro dolor estaba azuzada, repuso airada diciendo:

–¿Qué haríais vos, maestro, por una cosa importante, cuando por una garrafita de agua vertida hacéis tanto alboroto? ¿Es que no hay más en el mundo?

A quien el maestro dijo:

–Mujer, te crees que era agua clara; no es así, sino que era un agua preparada para hacer dormir.

Y le contó la razón por la que la había hecho.

Cuando la señora oyó esto, se convenció de que Ruggeri se la había bebido y por ello les había parecido muerto, y dijo:

–Maestro, nosotras no lo sabíamos, así que haceos otra.

El maestro, viendo que de otro modo no podía ser, hizo hacer otra nueva. Poco después, la criada, que por orden de la señora había ido a saber lo que se decía de Ruggeri, volvió y le dijo:

–Señora, de Ruggeri todos hablan mal y, por lo que yo he podido oír, ni amigo ni pariente alguno hay que para ayudarlo se haya levantado o quiera levantarse; y se tiene por seguro que mañana el magistrado lo hará colgar. Y además de esto, voy a contaros una cosa curiosa, que me parece haber entendido cómo llegó a casa del prestamista; y oíd cómo. Bien conocéis al carpintero junto a quien estaba el arca donde le metimos: éste estaba hace poco con uno, de quien parece que era el arca, en la mayor riña del mundo, porque aquél le pedía los dineros por su arca, y el maestro respondía que él no había visto el arca, pues le había sido robada por la noche; al que aquél decía: «No es así sino que la has vendido a los dos jóvenes prestamistas, como ellos me dijeron cuando la vi en su casa cuando fue apresado Ruggeri». A quien el carpintero dijo: «Mienten ellos porque nunca se las he vendido, sino que la noche pasada me la habrán robado; vamos a donde ellos». Y así se fueron, de acuerdo, a

casa de los prestamistas y yo me vine aquí, y como podéis ver, entiendo que de tal guisa Ruggeri, adonde fue encontrado fue transportado; pero cómo resucitó allí no puedo entenderlo.
La señora, entonces, comprendiendo óptimamente cómo había sido, dijo a la criada lo que había oído al médico, y le rogó que para salvar a Ruggeri la ayudase, como quien, si quería, en un mismo punto podía salvar a Ruggeri y proteger su honor.
La criada dijo:
–Señora, decidme cómo, que yo haré cualquier cosa de buena gana.
La señora, como a quien le apretaban los zapatos, con rápida determinación habiendo pensado qué había de hacerse, ordenadamente informó de ello a la criada. La cual, primeramente fue al médico, y llorando comenzó a decirle:
–Señor, tengo que pediros perdón de una gran falta que he cometido contra vos.
Dijo el médico:
–¿Y de cuál?
Y la criada, no dejando de llorar, dijo:
–Señor, sabéis quién es el joven Ruggeri de los Aieroli, quien, gustándole yo, entre amenazas y amor me condujo hogaño a ser su amiga: y sabiendo ayer tarde que vos no estabais, tanto me cortejó que a vuestra casa en mi alcoba a dormir conmigo lo traje, y teniendo él sed y no teniendo yo dónde ir antes a por agua o a por vino, no queriendo que vuestra mujer, que en la sala estaba, me viera, acordándome de que en vuestra alcoba una garrafita de agua había visto, corrí a por ella y se la di a beber, y volví a poner la garrafa donde la había cogido; de lo que he visto que vos en casa gran alboroto habéis hecho. Y en verdad confieso que hice mal, pero ¿quién hay que alguna vez no haga mal? Siento mucho haberlo hecho; sobre todo porque por ello y por lo que luego se siguió de ello, Ruggeri está a punto de perder la vida, por lo que os ruego, por lo que más queráis, que me perdonéis y me deis licencia para que me vaya a ayudar a Ruggeri en lo que pueda.
El médico, al oír esto, a pesar de la saña que tuviese, repuso bromeando:
–Tú ya te has impuesto penitencia tú misma porque cuando creíste tener esta noche a un joven que muy bien te sacudiera el polvo, lo que tuviste fue a un dormilón: y por ello vete a procurar la salvación de tu amante, y de ahora en adelante guárdate de traerlo a casa porque lo pagarás por esta vez y por la otra.
Pareciéndole a la criada que buena pieza había logrado al primer golpe, lo antes que pudo se fue a la prisión donde Ruggeri estaba, y tanto lisonjeó al carcelero que la dejó hablar a Ruggeri. La cual, después de que lo hubo informado de lo que responder debía al magistrado para poder salvarse, tanto hizo que llegó ante el magistrado. El cual, antes de consentir en oírla, como la viese fresca y gallarda, quiso enganchar una vez con el garfio a la pobreci-



lla cristiana; y ella, para ser mejor escuchada, no le hizo ascos; y levantándose de la molienda, dijo:
–Señor, tenéis aquí a Ruggeri de los Aieroli preso por ladrón, y no es eso verdad.
Y empezando por el principio le contó la historia hasta el fin de cómo ella, su amiga, a casa del médico lo había llevado y cómo le había dado a beber el agua del narcótico, no sabiendo que lo era, y cómo por muerto lo había metido en el arca; y después de esto, lo que entre el maestro carpintero y el dueño del arca había oído decir, mostrándole con aquello cómo a casa de los prestamistas había llegado Ruggeri. El magistrado, viendo que fácil cosa era comprobar si era verdad aquello, primero preguntó al médico si era verdad lo del agua, y vio que había sido así; y luego, haciendo llamar al carpintero y a quien era el dueño del arca y a los prestamistas, luego de muchas historias vio que los prestamistas la noche anterior habían robado el arca y se la habían llevado a casa. Por último, mandó a por Ruggeri y preguntándole dónde se había albergado la noche antes, repuso que dónde se había albergado no lo sabía, pero que bien se acordaba que había ido a albergarse con la criada del maestro Maezzo, de cuya alcoba había bebido agua porque tenía mucha sed; pero que dónde había estado después, salvo cuando despertándose en casa de los prestamistas se había encontrado dentro de un arca, no lo sabía. El magistrado, oyendo estas cosas y divirtiéndose mucho con ellas, a la criada y a Ruggeri y al carpintero y a los prestamistas las hizo repetir muchas veces. Al final, conociendo que Ruggeri era inocente, condenando a los prestamistas que robado habían el arca a pagar diez onzas, puso en libertad a Ruggeri; lo cual, cuánto gustó a éste, nadie lo pregunte: y a su señora gustó desmesuradamente. La cual, luego, junto con él y con la querida criada que había querido darle de cuchilladas, muchas veces se rió y se divirtió, continuando su amor y su solaz siempre de bien en mejor; como querría que me sucediese a mí, pero no que me metieran dentro de un arca.
Si las primeras historias los pechos de las anhelantes señoras habían entristecido, esta última de Dioneo las hizo reír tanto, y especialmente cuando dijo que el magistrado había enganchado el garfio, que pudieron sentirse recompensadas de las tristezas sentidas con las otras. Pero viendo el rey que el sol comenzaba a ponerse amarillo y que era llegado el término de su señorío, con muy placenteras palabras se excusó con las hermosas señoras de lo que había hecho; es decir, de haber hecho hablar de un asunto tan cruel como es el de la infelicidad de los amantes, y hecha la excusa se levantó y de la cabeza se quitó el laurel y, esperando las señoras a ver a quién iba a ponérselo, placenteramente sobre la cabeza rubísima de Fiameta lo puso, diciendo:
–Te pongo esta corona como a quien, mejor que ninguna otra, de la dura jornada de hoy con la de mañana sabrás consolar a estas compañeras nuestras.



Fiameta, cuyos cabellos eran crespos, largos y de oro, y sobre los cándidos y delicados hombros le caían, y el rostro redondito con un verdadero color de blancos lirios y de bermejas rosas mezclados todo esplendoroso, con dos ojos en la cara que parecían de un halcón peregrino y con una boquita pequeñita cuyos labios parecían dos pequeños rubíes, sonriendo contestó:

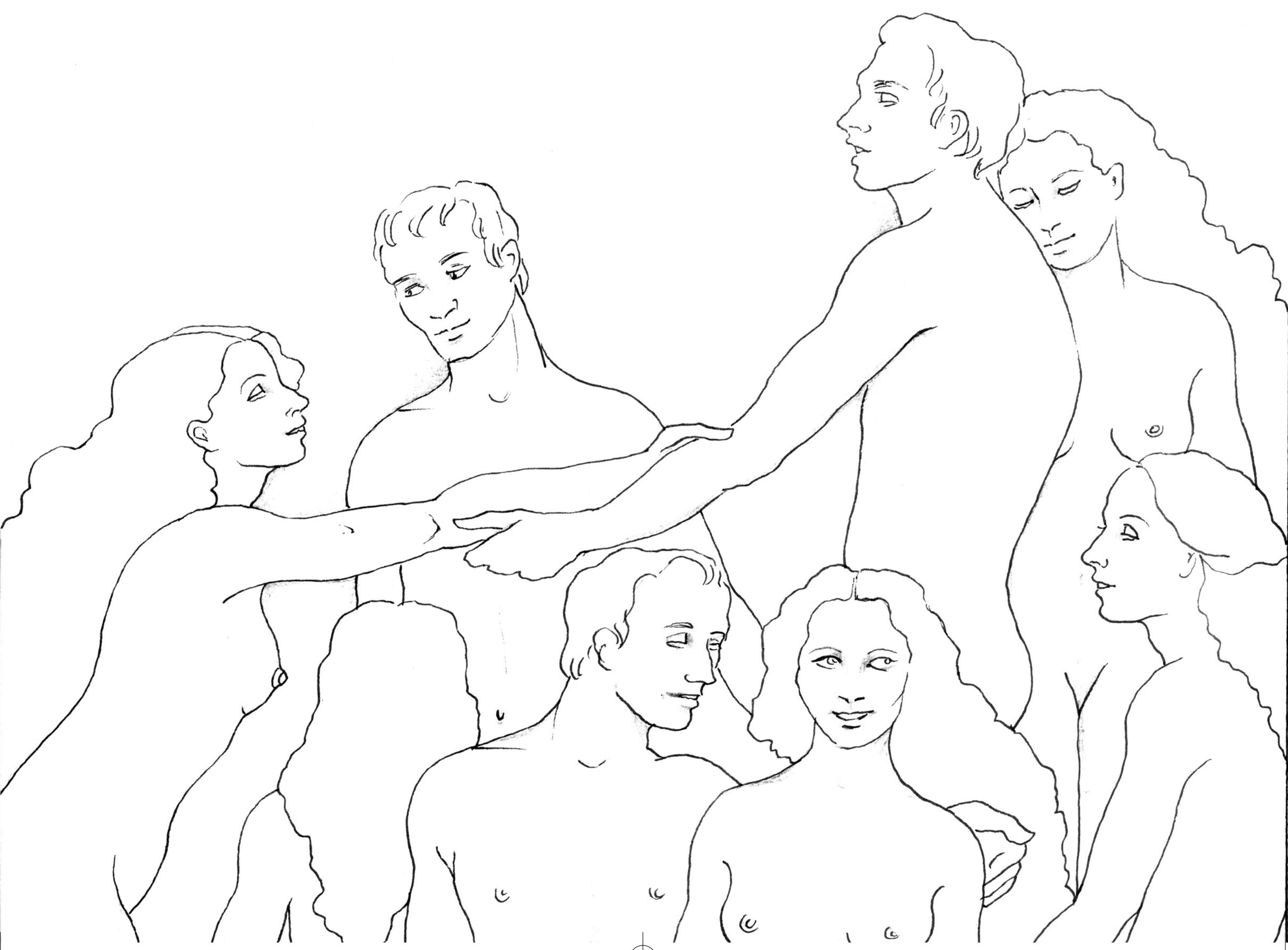
–Filostrato, yo la acepto de buena gana, y para que mejor veas lo que has hecho, desde ahora mando y ordeno que todos se preparen para contar mañana lo que a algún amante, luego de algunos duros o desventurados accidentes, le hubiera sucedido de feliz.

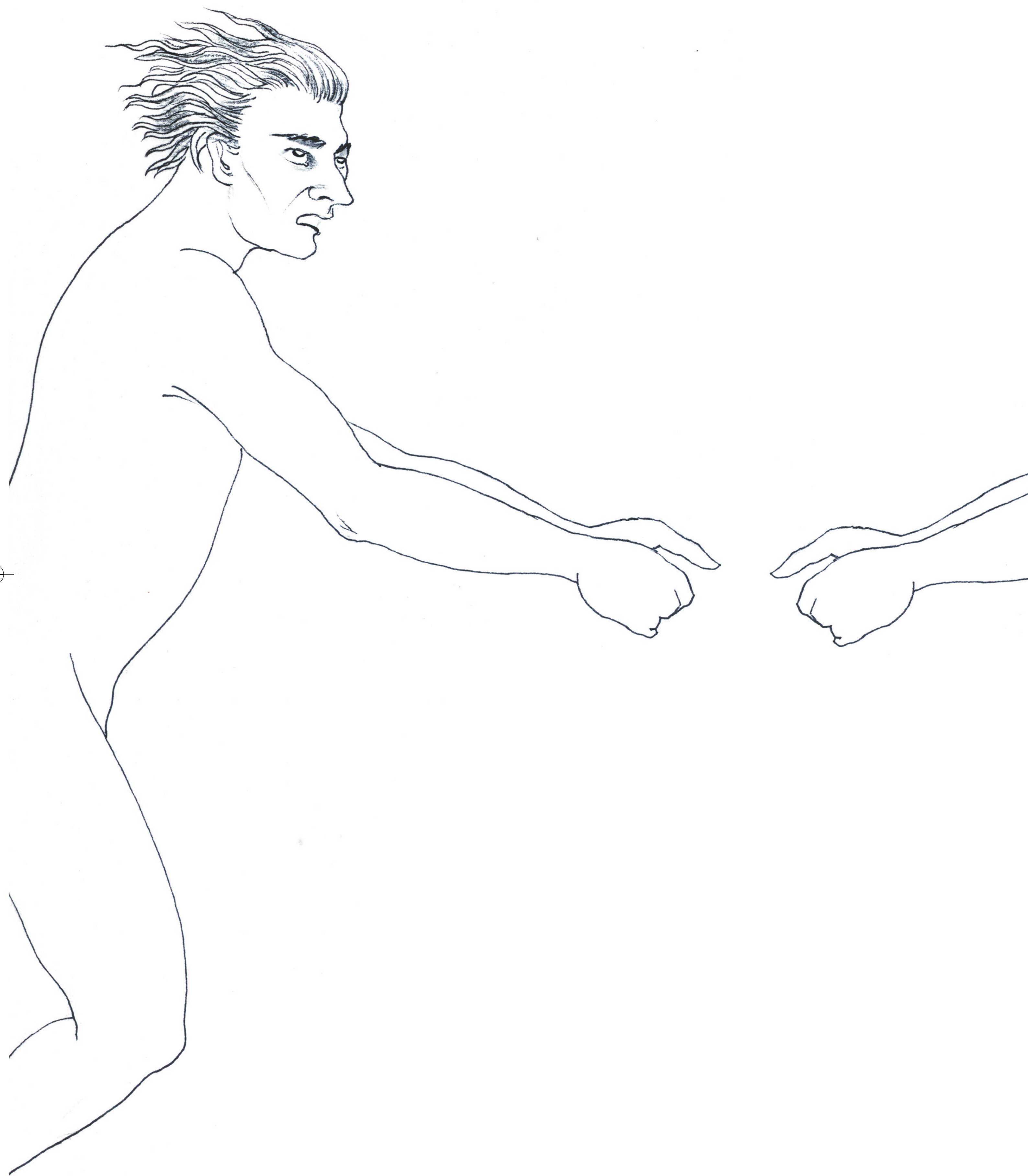
La cual proposición plugo a todos; y ella, haciendo venir al senescal y habiendo dispuesto con él las cosas necesarias, a toda la compañía, levantándose, hasta la hora de la cena dio alegremente licencia.

Ellos, pues, parte por el jardín, cuya hermosura no era de las que cansa pronto, y parte por los molinos que fuera de él daban vueltas, y quién por aquí y quién por allí, a gustar según los distintos apetitos diversos deleites se dieron hasta la hora de la cena. Venida la cual, recogiéndose todos, como tenían por costumbre, junto a la hermosa fuente, a bailar y a cantar se pusieron, y dirigiendo Filomena la danza, dijo la reina:

–Filostrato, yo no pretendo apartarme de mis predecesores, sino, como ellos han hecho, entiendo que obedeciéndome se cante una canción; y porque estoy cierta de que tus canciones son como tus novelas, para no tener más días turbados con tus infortunios, queremos que una nos cantes como más te plazca. Filostrato repuso que de grado, y sin demora comenzó a cantar de tal guisa:

Con lágrimas demuestro
cuánta amargura siente, y qué dolor,
el traicionado corazón, Amor.





Amor, amor, cuando primeramente
pusiste en él a quien me mueve al llanto
sin esperar salud,
tan llena la mostraste de virtud
que leve yo creí cualquier quebranto
que embargase mi mente,
ya mártir y doliente
por causa tuya, pero bien mi error
conozco ahora, y no sin gran dolor.
Me ha mostrado mi engaño
el verme abandonado por aquella
en quien sólo esperaba:
que cuando, triste, yo creí que estaba
más en su gracia y la servía a ella,
sin pensar en el daño
que sentiría hogaño,
vi que la calidad de otro amador
dentro acogía y yo perdí el favor.
Cuando me vi por ella desdeñado
nació en mi corazón el doloroso
llanto que lloro ahora;
y mucho he maldecido el día y la hora
en que primero vi el rostro amoroso
de alba belleza ornado
y muy mucho infamado,
mi confianza, esperanza y ardor
va maldiciendo mi alma en su dolor.
Cuán sin consuelo sea mi quebranto,
señor, puedes sentirlo, pues te llamo
con voz que se lamenta
y te digo que tanto me atormenta
que por menor martirio muerte clamo:
venga, y la vida tanto
anegada en su llanto
termine con su golpe, y mi furor
a donde vaya sentiré menor.
Ni otro camino ni otra salvación
le queda sino muerte a mí afligida
vida: dámela, Amor,
pronto y con ella acaba mi amargor
y al corazón despoja de tal vida.
¡Hazlo, ay, que sin razón
se me ha quitado mi consolación!
Hazla feliz con mi muerte, señor,
como la has hecho con nuevo amador.
Balada mía, si otros no te aprenden
me da igual, porque no sabrá la gente
igual que yo cantarte;
un trabajo tan sólo quiero darte
a Amor encuentra, a él tan solamente
cuánto me es enojosa
esta vida angustiosa
di claramente, y ruega que a mejor
puesto la lleve para hacerse honor.

Demostraron las palabras de esta canción asaz claramente cuál era el ánimo de Filostrato, y la ocasión; y tal vez más declarado lo habría el aspecto de tal señora que estaba danzando, si las tinieblas de la llegada noche el rubor de su rostro no hubieran escondido. Pero luego de que él la hubo puesto fin, muchos otros cantares hubo hasta que llegó la hora de irse a dormir; por lo que, mandándolo la reina, cada uno en su cámara se recogió.

TERMINA LA CUARTA JORNADA

Comienza la Quinta Jornada del Decamerón, en la cual, bajo el gobierno de Fiameta, se razona sobre lo que algún amante, después de duros o desventurados accidentes, sucedió de feliz.



Estaba ya el oriente todo blanco y los surgentes rayos de todo nuestro hemisferio habían extendido la claridad, cuando Fiameta, por los dulces cantos de los jóvenes que a primera hora del día cantaban alegremente en los arbustos incitada, se levantó e hizo llamar a todas las demás y a los tres jóvenes; y con suave paso descendiendo a los campos, por la ancha llanura arriba entre las hierbas cubiertas de rocío, hasta que el sol se hubo alzado un tanto, con su compañía fue paseando, hablando con ellos de una y otra cosa. Pero al sentir que ya los solares rayos se calentaban, hacia su habitación volvieron los pasos; llegados a la cual, con óptimos vinos y con dulces del ligero trabajo pasado les hizo confortarse y por el deleitoso jardín hasta la hora de comer se recrearon. Venida la cual, estando todas las cosas aparejadas por el discretísimo senescal, luego de que alguna estampida y una baladilla o dos fueron cantadas, alegremente, según plugo a la reina, se pusieron a comer; y habiéndolo hecho ordenadamente y con alegría, no olvidada la establecida costumbre de bailar, con los instrumentos y con las canciones algunas danzas siguieron. Después de las cuales, hasta pasada la hora de dormir, la reina dio licencia a todos; algunos de ellos se fueron a dormir y otros a su solaz por el bello jardín se quedaron. Pero todos, un poco pasada nona, allí, como quiso la reina, según la usada costumbre se reunieron junto a la fuente; y habiéndose sentado la reina pro tribunali, mirando hacia Pánfilo, sonriendo, a él le ordenó que diese principio a las felices novelas; el cual a ello se dispuso de grado, y dijo así: